

**Ándese paseando: violencia, humor
y narcoficción en Élder Mendoza**

R. OLACHEA • D. SALGADO • K. SOTELO • P. ROMERO
K. ROSS • D. SOTO • G. ROVIRA • M. MESMOUDI
M. ASTORGA • R. SALGADO • M. PIÑA • E. ZAPIÉN

Ándese paseando: violencia, humor y narcoficción en Élmer Mendoza



Universidad Autónoma de Baja California Sur

Dr. Gustavo Rodolfo Cruz Chávez
Rector

Dr. Dante Arturo Salgado González
Secretario General

Lic. Jorge Ricardo Fuentes Maldonado
Director de Difusión Cultural y Extensión Universitaria

Lic. Luis Chihuahua Luján
Jefe del Departamento Editorial

D. R. © Rubén Olachea, Dante Salgado, Karla Sotelo, Publio Romero, Keith Ross, Damián Soto, Gabriel Rovira, Mehdi Mesmoudi, Monica Astorga, Rodrigo Salgado, Marta Piña, Erick Zapién García.

D. R. © Universidad Autónoma de Baja California Sur

Primera edición 2018

ISBN: 978-607-7777-04-7

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema—electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro—, sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso escrito del titular del copyright. Las características tipográficas, de composición, diseño, formato, corrección, son propiedad de los editores.

Diseño de la serie:
Jorge Ricardo Fuentes Maldonado

Cuidado de la edición:
César Mora

Diseño de la portada:
María del Carmen Camacho Rodríguez

Formación electrónica:
Tania Jacqueline Espinoza Romero

HECHO EN MÉXICO

Contenido

Rubén Olachea Pérez	
<i>Trancapalanca: un rombo, una rosa de los vientos</i>	7
Dante Salgado	
<i>Un asesino solitario: imaginar la realidad</i>	17
Karla Sotelo	
Criminalización y violencia en <i>El amante de Janis Joplin</i> de Élmer Mendoza	31
Publio Octavio Romero	
<i>Efecto tequila: el lenguaje como protagonista</i>	39
Keith Ross	
El humor y la voz múltiple en <i>Cóbraselo caro</i>	51
Rosendo Damián Soto Salgado	
Cosmovisión, diégesis y violencia como registro estético en el <i>noir</i> mexicano: <i>Balas de Plata</i> de Élmer Mendoza.....	63
Gabriel Rovira	
<i>La prueba del ácido</i> determina un crédito dudoso.....	71

Mehdi Mesmoudi Élmer Mendoza en <i>Nombre de perro</i> : del narcoarchivo de su tiempo al <i>noirismo</i> hispánico	81
Mónica Astorga Moreno Configuración del discurso de denuncia en la narrativa de “País guadalupano”	101
Rodrigo Salgado Guluarte Deconstrucción de los roles hegemónicos en <i>Besar al detective</i>	113
Marta Piña <i>Besar al detective</i> : revelación de confluencias	121
Erick Zapién García <i>Asesinato en el Parque Sinaloa</i> , la expansión de un universo ficcional y la profundidad en el personaje del Zurdo Mendieta.....	133

Trancapalanca: un rombo, una rosa de los vientos

Rubén Olachea Pérez

Trancapalanca es un libro que es una colección de veintitrés cuentos. Élmer Mendoza los publicó en 1989, cuando aún no era tan famoso en la literatura nacional mexicana y allende nuestras fronteras. Era un sinaloense más, de cuarenta años, académico en la Universidad Autónoma de Sinaloa y aún se daba el lujo de hacer dramaturgia. *Trancapalanca* fue recientemente reeditado por TusQuet, en 2013, con un mayor tiraje, dado el prestigio de su autor.

Anteriormente a 1989, Mendoza ya había publicado tres colecciones de cuentos: *Mucho que reconocer* (1978); *Quiero contar las huellas de una tarde en la arena* (1984) y *Cuentos para militantes conversos* (1987). *Trancapalanca*, su cuarta incursión en el cuento, consolidó su estilo narrativo que migró a la novela.

Trancapalanca creativamente combina dos palabras que riman. ‘Tranca’ significa el barrote grueso que, atravesado, asegura una puerta. ‘Palanca’ es una máquina simple cuya función consiste en transmitir fuerza y desplazamiento. Unidas, ambas palabras logran una sonoridad debido a que se trata de un pentasílabo en el que todas sus sílabas llevan la vocal ‘a’. ‘Tranca’ puede tener una connotación fálica (como casi todo en español) y ‘palanca’ remite al conocido mexicanismo, también conocido en otras latitudes (en Cuba, por ejemplo) para describir el movimiento de influencias y recomendaciones para acomodar a alguien en un puesto laboral. El título actúa a manera de catapulta y si mudáramos una sola letra, lograríamos un ‘*trança-palanca*’ para definir, en una sola pincelada, el perviviente sello antiético de un sinnúmero de hechos de corrupción ocurridos en nuestro bello, intrigante país.

Detecto en *Trancapalanca* cuatro asideros estilísticos: la descripción de una cultura, específicamente la de un norte de México ubicable perfectamente en una Sinaloa al día, urbana y hasta cosmopolita, cuyo ineludible marco ético es la violencia del narcotráfico: la *narcocultura*, que hoy trasciende y afecta nuestras vidas globalmente, de manera creciente. Eso, por un lado, pero también está la *experimentación*, el aliento lúdico al mezclar palabras, combinarlas gráficamente, alterar el orden, jugar con los espacios en blanco y las repeticiones, usar letras y onomatopeyas que crean atmósferas gráficas en el relato y que hacen sentir en lo contado un artificio premeditado, autorreflexivo, no por ello menos disfrutable. En tercer orden, hay una sorprendente y plena conciencia de una obsesión literaria en torno al comportamiento viril, al *machismo* hegemónico que caracteriza a los diversos modelos de masculinidades mexicanas. Afortunadamente, el cuarto aspecto que se descubre, diáfano cual hallazgo y prueba irrefutable de potencia escritural (la cultura escrita), es un denodado *erotismo de prosa poética* cuyas dimensiones trascienden la superficialidad, en apariencia, de la página impresa. Un balance que flota cual cuadratura de tetraedro, luminoso y enigmático. Acaso mero guiño, acaso intuición de que hay algo más allá del horizonte acostumbrado.

Cuento por cuento

Me he decidido por resumir cada una de las historias, en orden de aparición. El objetivo, nada pretencioso, es lograr una visión de conjunto que de otra manera se sentiría trunca. Si la lectura de este capítulo invita al lector a revisar uno a uno los cuentos o uno en particular, me daré más que servido en mi intención.

“Querido Julio” es un sentido homenaje ante la muerte de Julio Cortázar. Una misiva escrita “desde mi soberbia de vivo” tras enterarse del deceso en pleno espectáculo taurino, donde el narrador declara: ‘Admiré hasta lo estético la figura de los toreros’. La noticia hace que el narrador suelte una que otra lagrimita. El remate proviene de lo oído a un asistente a la función:

Qué fiasco, la afición cada día está peor; un tipo que así como así se suelta llorando por la impresión de una puerta gayola nomás porque se cayó el matador, no debe ser aficionado a la fiesta brava. (Mendoza 2013, p.14).

Simpático sí, pero que delimita lo variable de la sensibilidad del varón mexicano. ¿Es viril llorar a un héroe literario en público? ¿ya no hay machos

en el país de los machos? “Machomenos” obliga a responder el humor mexicano. Me parece muy sintomático que el autor, desde el primer relato, deslinda el fervor literario de admiración incondicional a su ídolo el escritor argentino que optó por la nacionalidad francesa en protesta contra el régimen militar argentino en 1981 y que muere en París tres años después. Cortázar, original e innovador, fue maestro asimismo del relato corto, la prosa poética, rompiendo el modelo clásico de linealidad temporal y transitando entre lo real y lo fantástico.

El final del relato muestra una de las características estilísticas de Mendoza: un atento oído a lo que la gente dice y cómo lo dice. Cuando enuncia admirar ‘hasta lo estético’ la esbeltez de los toreros, se permite lo inusual en la literatura mexicana proveniente del Norte: un hombre admira a otro sin por ello volverse homosexual. La admiración entre varones por los atletas suele desviarse hacia la destreza, la agilidad o la fuerza, en un entendido de competitividad no exenta de violencia. Pero se necesita destreza para admitir que el cuerpo de los toreros, cuya vestimenta hace gala de ornamentos, agrada a la vista, sin distorsionar esa admiración hacia la burla por lo entallado o vistoso del traje, y sin dudar en su heterosexualidad de manera cómica, como es tan frecuente entre varones para reducir la tensión que la belleza masculina puede causar en actos públicos.

Yo supongo que lo que vino a liberar la admiración al físico masculino se coronó en los años 70 con fisicoculturistas como Arnold Schwarzenegger, quien popularizó los gimnasios de pesas. La edad de oro (*The Golden Age*) del culturismo, dicen los expertos, se dio entre las décadas de 1940 y 1970. Al término de la Segunda Guerra Mundial, esta disciplina se volvió paulatinamente una aliada de las industrias del espectáculo y la farmacéutica. La figura de los toreros es mucho más estilizada, pero la admiración entre varones se consolidó como un modelo aceptado socialmente, sin tanto trauma.

El comentario final del espectador describe fielmente el estereotipo de lo que es la fiesta brava y sus fanáticos: el dominio de la bestia por parte del hombre, infligiendo dolor hasta la muerte del animal, de manera pretendidamente elegante y que aún es objeto de polémica entre asiduos y detractores. Al mismo tiempo, es una ironía graciosa que las lágrimas sinceras de un hombre por la muerte de su escritor favorito sucedan en el bullicio de una multitud reunida para vitorear a héroes de la tauromaquia.

En “El caso de Marlene Stamos” se asoma en el narrador la voz del detective competente, a diferencia de muchos otros, para resolver el asesinato de una bella chica. *Eutanasia* es un cuento en el que un escritor, Ángel Valdez,

poseía ese ‘espíritu de piedraespuma de los genios de la literatura’, hasta ser aceptado como miembro de número del Colegio Nacional y morir de un fulminante ataque cardíaco tras ser notificado acreedor al premio Nobel. Dos décadas más tarde, como dato importante de la biografía de Élmer Mendoza es que a partir de 2011 es miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua. Así inició su discurso de ingreso:

Me gusta contar de cierta manera, caótica quizá, pero viva. Dejar que las palabras lluevan sobre la línea y que escurran, ensucien, limpien u oscurezcan la página, la pantalla o el sueño.

En el discurso de respuesta de Felipe Garrido, se citó a Eduardo Antonio Parra, para quien los personajes de Mendoza pertenecen a la estirpe de la picaresca. Buscones quevedianos y periquillos lizardianos que deambulan por el norte sin hallar lo que nunca han perdido: ‘... no se cansan de reflexionar sobre la política y los problemas sociales tanto de México como del resto del mundo, sin tomarse las cosas demasiado en serio, sin angustiarse’.

El cuarto cuento: “Instrucciones para controlar a un narcotraficante armado hasta los dientes” es lúdico: en un cruce de bulevares, un ciudadano promedio choca con un “señor botas piel de avestruz joyería vaquera indumentaria” (sic) que ignoró la señal de alto: “Le espera una reconfortante discusión del siglo catorce.” El agresor amenaza con sacar su arsenal. Mendoza recomienda agregar con serenidad: “Saque para orinárselo” (no diga mear, eso sería clasista). Otras instrucciones son: “pídale que le baje al estéreo”. Cuando apunte con el arma diga: “jálale”. Entonces el agresor querrá reclutarlo para su banda. Pero la gente tocará el claxon y lo llamarán cobarde. “Usted, que ha demostrado su educación, desee al señor buena suerte. Uno nunca sabe”(p. 23).

Estaremos de acuerdo que por cómico que suene, no sería lo más prudente para conservar la integridad física, seguir al pie de la letra dichas instrucciones. Pero nos deja con la duda, al pintar el surreal comportamiento de algunos narcos.

“Merzapoyera” es asimismo un cuento humorístico, irónico. En una justa olímpica, los amuletos compiten y el guadalupano es vencido por el africano. Mendoza hace gala de un oído atento a los lugares comunes de la narración deportiva en los medios tradicionales como radio y televisión, así como de los clichés del melodrama que redundan en ridículo. El tema del deporte y sus dramas volverá, esta vez sobre el pugilismo.

En “Más valen mitómanos por conocidos”, la discusión de amantes celosos se resuelve de la siguiente manera: “Él, más allá de la hombría, tomó la pistola; y en un supremo acto de solidaridad, la acribilló” (p. 30).

Mendoza juega con la imaginación trastocando el estereotipo y la broma consiste en mantenerlo, pero exagerándolo, lo cual es un contrasentido porque en la exageración, la apología de la violencia es boicoteada.

“Mímesis” es el relato de un domador de un tigre de circo en el que los papeles se invierten: un hombre viejo se vuelve cuadrúpedo y pequeños *garr* escapan de sus labios. El brillo de sus ojos es seco. En cambio, la fiera “en el anís carlata [sic] de su amanecer / parece pronunciar un nombre ontológico”. Estamos aquí frente a un cuento no fácil, contrapunto entre otros mucho más digeribles. Ese nombre ontológico ¿será la palabra Dios? La sensación es de un zoom mortal.

En “La solución”, Élmer Mendoza (personaje) ha sido elegido para matar a Fidel Esperano, quien acaparó el mercado interno de tráfico de estupefacientes del país y del sur de los Estados Unidos, prometiendo pagar la deuda externa. Es una alusión al capo sinaloense Rafael Caro Quintero, nacido en La Noria, Badiraguato, en 1952. En este cuento hay una atractiva frase: “...de las alcantarillas escapa un olor gringo a siglo veinte” (p. 37).

Se cuele así un personaje norteamericano, un intruso matón que ejecuta la acción, al tiempo que el relato incluye a un escritor irritado que quema unos originales. De esta manera, el escritor enlaza realidad y ficción, y adereza al relato con el acto creativo de describir el ejercicio del escritor. En la geopolítica norteña, la percepción del imperio norteamericano es de inmediatez. Sobre todo, ese poderío tan del siglo XX, hoy opinado por muchos como en franco declive.

“Peras o manzanas” es otra ingeniosa creación donde un adúltero sueña un incestuoso triángulo amoroso y despierta con una ominosa sensación que comunica al lector una inminente violencia. De manera surrealista, el siguiente breve cuento, “Historia de leones”, de apenas una cuartilla, vuelve al tema del domador (no enunciado) quien se enfrenta a “los dos leones que ya se le abalanzan”. Fin de cuento. De nuevo ese coqueteo cinematográfico con imágenes impactantes, flotantes a manera de holograma en la mente del lector.

Es en “Restaurante de camioneros”, sin embargo, donde Mendoza manifiesta su astucia para enlazar lo cinematográfico global-hollywoodense con la cultura local. Una atractiva joven, independiente, sale a carretera, dispuesta a *tirar barra* (algo así como “derrochar estilo” que también se usa en Sudcalifornia). Un camionero “modelo de macho universal”, ‘un estereotipo sin

fantasmas' intenta galantear con la chica, de manera infructuosa. Ella se retira en su auto para, de manera siniestra, ser acosada a partir de ahí por el tráiler que acerca peligrosamente su vehículo al de ella, de manera enloquecida. Mas nada es lo que parece, pues en realidad, el acoso del heroico camionero es para detener el ataque de un sujeto armado con un cuchillo que se coló de manera subrepticia en el asiento trasero del carro de la chica. Ella se sale de carretera y apenas alcanza a ver cómo ambos hombres combaten cuerpo a cuerpo.

Esta historia recuerda al impresionante telefilme realizado por Steven Spielberg en 1971. El título original en inglés es *Duel* y fue traducido como *Duelo* en Perú, *Reto a la muerte* en Argentina, *Encurralado* y *El diablo sobre ruedas* en España y otros países. En el género de suspense, el guión de Richard Matheson fue escrito basado en su novela corta homónima. Narra la inexplicable persecución a un vendedor que viaja en su automóvil (Plymouth Valiant) llevada a cabo por un desquiciado que maneja un enorme camión cisterna (Peterbilt 281 de 1955). Es una película emocionante y muestra del talento del director que en aquel entonces aún no conocía la fama. El rostro del conductor del tráiler jamás se ve, en cambio, el relato cobra un brillante giro cuando el hombre promedio de clase media arremete la ofensiva en una especie de batalla psicológica. Una *road movie* memorable.

De nueva cuenta, Élmer Mendoza parece guiarnos en un catálogo de personajes masculinos que se saben dominados por la testosterona pero que a su vez desean dominar ese impulso hormonal que frecuentemente explota en violencia y destrucción.

“Encuentro 966” narra el encuentro cercano de dos hombres “morenos ochenta kilos ojos claros estaturas regulares frentes amplias con señas particulares”. Es un encuentro descrito en una especie de cámara lenta con atención a finos detalles tales como “el casimir de seda y el cuero de sus zapatos lo atestiguan”. No se sabe si es una reunión que involucra a dos gánster de película, a dos ejecutivos de ciudad moderna, si la tensión de la escena responde a cierto grado de homoerotismo (eventual, susceptible: posible) o a una inminente erupción de violencia criminal. Al final no pasa nada, pero ha *pasado* bastante.

“Boxeo es algo más que un anglicismo” es un cuento interesante porque opone en el ring a dos jóvenes púgiles de las barriadas del país: uno local de Sinaloa y el otro un mulato de Acapulco. Ambos son del mismo país pero de sensibilidades étnicas distintas. Un narrador omnisciente, sensible y culto detecta “la antiquísima pauta de la androcracia”, mientras el combate va y viene entre el habla callejera, consolidada gracias a los clásicos del cine mexicano

de los años cuarenta (como *Campeón sin corona* de Alejandro Galindo, 1945), pero esta vez sin censura ante las palabrotas:

[...] muchos ricachones detenían sus carretes y se mochaban hasta con quinientos varos y me palmiaban riendo de borrachos diciéndome quiba a llegar, vas a llegar, puño dioro, decían los batos rojos de puro pedos (p. 59).

[...] uy, mano, si eres reculón, no me abrace, puto, no me abrace que falta mucho pal año nuevo (p. 63).

El cuento registra, además de onomatopeyas parientes del cómic y la experimentación gráfica, el pensamiento de ambos contrincantes. Su cosmogonía ante una madrecita *santa* (y un padre invariablemente *ausente*) que merece aliviarse de todas las penurias económicas pasadas pero que también suele estar enferma y moribunda, o dedicada cómicamente a rezar fervorosamente para que el rival de su hijo sea quien pierda. Vuelve así a quedar irresuelto el eterno retorno de la quimera mexicana por excelencia: el viejo anhelo de un *pobre* con fuertes carencias –tanto económicas como afectivas– por lograr, mediante un acto heroico extraordinario, volverse rico de la noche a la mañana.

Lo curioso es que la película aludida está basada en la biografía del boxeador Rodolfo Casanova, cuyo auge y caída representan el mito del *pelado mexicano* en su lucha por superarse y vencer. En el filme, el boxeador interpretado por el galán David Silva está traumatado por no saber inglés y el contrincante lo tortura insultándolo e imponiéndose triunfador. En opinión del crítico Emilio García Riera, se trata de la mejor película de ambiente urbano y de barrio. En ella se amalgama drama y momentos cómicos de gran hilaridad, como un contrapunto que mantiene viva la atención y el placer visual del público. En *¿Actuamos como caballeros o como lo que somos?* (2016) dice Rafael Barajas *El Fisgón* que los cómicos de reparto en el cine mexicano no son secundarios, sino de primera.

En “Boxeo es más que un anglicismo”, Mendoza tiene el tino de situar la rivalidad entre dos mexicanos de la misma extracción humilde, más allá de barreras lingüísticas. No se sabe quién gana a quién. Esa es la tensión.

“La paga del asesino” es un relato en el que la joven bella y rica rescatada por un detective es resultado de una intriga en donde hay un romance que no se sabe del todo si es previo o si se da durante el secuestro, si fue previamente planeado así, si la protagonista es una mujer fatal que todo lo maquinó o que, como en el síndrome de Estocolmo, se rindió ante los encantos del detective,

quien evidencia de esa manera sus contactos con el bajo mundo del crimen... O si es una venganza contra su rico padre que resulta no ser el padre ideal. El lector queda intrigado, ¿será acaso una mera fantasía onanista de la literatura negra? Lo que sí muestra son las posibilidades casi infinitas de la narrativa del poder cuando este es retorcido e impredecible.

La experimentación toma forma de homenaje a representantes de la literatura argentina como Julio Cortázar o Jorge Luis Borges pero mexicanizada en “Hombres que sueñan números”. Tres hombres recuerdan el número ganador de una serie de cachitos de lotería. El primero es un hombre común, el segundo un joven rebelde. Ambos se enfrentan en pleito en el puesto y el tercero es... el vendedor, quien resuelve la ecuación. ¿Quién no ha soñado el sueño diurno de sacarse la lotería?

“Se recomienda cuidado a los vacacionistas” relata sensual y poéticamente el desencuentro entre un centauro y una sirena. Sigue “43 grados a la sombra”: un cuento muy celebrado, según ha declarado su autor en varias entrevistas. Se trata de un cuento que grafica entre zetas altas y bajas el amodorramiento que ocasionan las altas temperaturas veraniegas en nuestra zona geográfica: la canícula. Si se le lee con atención –porque mueve a confusión– se trata de una conversación entre dos amantes. Los personajes apenas son dibujados. Uno dice: hazme caso, vamos al cine. Moscas. Déjame tranquil... parece que contesta el personaje aludido. El relato, cómicamente, se pierde entre interjecciones como susurros, y muchas zetas altas y bajas, por lo que un lector erotizado podrá inferir que al final triunfó el amor físico.

“Algo voy a contar y usted no sabe qué es” revela la crónica de un suicidio o, mejor dicho, la crónica de una expectativa de suicidio, en clave irónico-urbana:

En mi colonia hay un súper sensacional. Venden champaña helada y jamás cobran el hielo a pesar de ser importado del polo sur. Es magnífico. Han venido mercadólogos de Japón y Dinamarca a estudiar sus ratas y cucarachas que otorgan ese sabor tan especial tan amable al queso ranchero y al chorizo de soya (p. 81.).

El remate final reza: “Bueno, se va a tirar o no”. Ese humor negro delata una actitud burlona ante la vida en sociedad, el consumismo y el cosmopolitismo. La mencionada champaña es muy probable que sea mera cerveza y que ese súper tan sensacional sea, en realidad, cualquiera y bastante sucio. El

detalle cómico está en insinuar que mercadólogos daneses y nipones estén interesados en analizar semejante espantajo.

El cuento número diecinueve lleva por título “Equis, ye, zeta, practican natación en la leche” y resulta ser el más sublime y elegante de todos. En él, una mujer mayor y de semblante indefinido cuida amorosa, lentamente, de su jardín. Un hombre la observa, maravillado, y decide escribir un cuento sobre ello. En su imaginación, el cuento se transforma en una “novela de cuarenta capítulos con doscientos cincuenta mil ejemplares vendidos en diez días, más sobrantes para reposición” (86). En la cafetería, hay otro escritor que espía y de la escena planea una obra de teatro, luego una película. El mesero del café, poeta aficionado, se retira y encuentra a su ensimismada madre “facilitando la ruta de las trepadoras”. Ambos conversan. Él le cuenta el tema de su próximo libro. ¿Cuál de todos estos escritores será nuestro autor? ¿Con cuál de todos se identifica el lector?

Como contraste, “El fantasma del kilómetro 46” es una vuelta de tuerca a aquellos provincianos relatos de miedo sobre la aparición fantasmagórica de una mujer vestida de blanco, al pie de una curva en carretera. La narración gira y cierra con cómica ironía: “... nadie más recogió a esa mujer aburrída con su indumentaria del año del caldo. El restaurante terminó vendiendo hamburguesas, cocas y pollo según la receta del coronel Sander” (p. 91). El neoliberalismo en todo su apogeo destierra el costumbrismo y las historias de miedo (salvo que se lleven a la pantalla con espectaculares efectos especiales generados por computadora) se vuelven demasiado ingenuas para la transición ideológica que una nueva generación de mexicanos experimenta.

“La conveniencia de sonreír” sobresale, entre otras cosas, por mencionar el excéntrico *malecón de río* de Culiacán, Sinaloa. Se trata de la conversación del autor con dos hombres, uno de ellos conductor violento y armado. Al final, el lector descubre la voz del autor que insta a los dos personajes a saludarse: “Díganse adiós cuando menos, ¿qué no ven que han sido personajes de este cuento?”. De esa manera magistral, el autor grafica la ambigüedad de la relación entre escritor, imaginación, personajes y acción. El autor como réferi intentando instaurar el respeto a las reglas civilizatorias entre dos representantes del machismo impulsivo.

“Cómo fundar una ciudad” es una juguetona historia cuyo epígrafe reza: “déjese al alcance de los niños”. Se trata de una serie de instrucciones a manera de aforismos: “Sonría. Es bueno estar contento. Después de todo, es una miserable historia que se repite eternamente” (p. 98) e “Inventé la receta y nadie habla de mí. Los ingratos siempre han sido abrumadora mayoría” (p. 99).

Finalmente, el cuento número veintitrés, “Seguiría siendo rey”, inicialmente parece remitir a la popular canción vernácula cuyo autor es José Alfredo Jiménez: *El rey*. En realidad se trata de un relato que dramatiza una jugada de ajedrez en donde las piezas cobran vida y conciencia:

Nada de cabizbajos. Que la ternura coma con nosotros. No fue un trapiés pero empezó a caer caer caer. Una especie de bofetada gigante lo derribó y se desplomaba impunemente irreversiblemente mientras escuchaba muy lejos, en una voz extrañamente gutural, un sonido verdoso: jaque mate (p. 102).

Un grato jaque mate al lector. Así concluye el despliegue de talento narrativo en que Élmer Mendoza se nos muestra como un hábil tejedor de historias dentro de su cabeza, jugando con las tradiciones literarias, el canon y la tradición de la ruptura acuñada por Octavio Paz. Bien podríamos decir *la tradición de las rupturas*. La oralidad registrada por los grandes: Aristófanes, Dante, Cervantes, Quevedo, Shakespeare, Joyce, Rulfo, Borges, Cortázar y los demás. La experiencia de leer *Trancapalanca* es un viaje redondo, testimonio inicial de un autor que lidera la narrativa mexicana desde los años noventa del siglo XX y que se mantiene vivo hasta hoy que es 2016, como una voz a la que vale la pena prestarle atención. Sus historias marcan pauta en la comprensión tanto de la psique del mexicano, especialmente el varón, como de la convulsa sociedad que lo enmarca. Como desde 1981 intuyó el crítico literario Fredric Jameson en su libro *The Political Unconscious*, la literatura puede ser entendida como un acto socialmente simbólico.

Bibliografía

Barajas, Rafael y José Antonio, Valdés Peña. 2016. ¿Actuamos como caballeros o como lo que somos? El humor en el cine mexicano, Exposición Temporal México: Secretaría de Cultura, Cineteca Nacional.

Hardt, Michael y Weeks, Kathi. 2005. *The Jameson Reader*, Oxford: Blackwell

Mendoza, Élmer. 2013. *Trancapalanca*, México: Tusquets.

En internet:

Academia Mexicana de la Lengua: www.academia.org.mx consultada en septiembre de 2017.

*Ándese paseando: violencia, humor
y narcoficción en Élmer Mendoza*

Se terminó de imprimir en diciembre de 2018
en los talleres de Ediciones de la Noche
Madero # 687, Zona Centro,
Guadalajara, Jalisco

www.edicionesdelanoche.com